

Los libros de la selva

Rudyard Kipling



Al hablar de *El libro de la selva* de Rudyard Kipling, todos pensamos inmediatamente en Mougli, el niño criado entre lobos que, bajo la tutela del oso Balú, la pantera Baguira y la pitón Ka, llega a ser «el amo» de la selva de Sioni, en la India. Olvidamos con frecuencia que *El libro de la selva* en realidad son dos: *El libro de la selva* (1894) y el *Segundo libro de la selva* (1895); y que no todas sus historias tienen como protagonista a Mougli, ni ocurren siquiera en la India: «La foca blanca» y «Quiquern» están ambientadas en el Ártico; y, en la India, aparte de a Mougli, tenemos a la astuta mangosta Riki-tiki-tavi, a Tuméi el muchacho al que le es dado presenciar el legendario baile de los elefantes, al santón Purun, al reportero que conoce la lengua de los animales y es testigo de una reveladora conversación entre las bestias de carga del Ejército de Su Majestad... Ciertamente es, por otro lado, que el sueño infantil de ser hermano de todos los animales y de verse libre de todas las restricciones humanas está presente en casi todos los cuentos con un poder cautivador. Mougli, con su repetida afirmación de «Soy un lobo», encarna precisamente ese sueño que los animales saben que, llegado cierto momento, será un conflicto: el niño no podrá pasar toda la vida creyendo que el dinero es «eso que pasa de mano en mano y siempre está frío», que una casa es «una trampa de barro» y una cama «una cosa de madera dura»... pues al final «el hombre vuelve al hombre».

Esta edición, en una nueva traducción de Catalina Martínez Muñoz, recupera el plan original de Kipling e incluye los dos *Libros de la selva*, además de «En el ruj» (1893), el cuento en que el personaje de Mougli apareció por primera vez.

Nota al texto

El libro de la selva se publicó por primera vez en 1894 (Macmillan, Londres), y el *Segundo libro de la selva* un año después en la misma editorial. Nuestra traducción se basa en los textos de estas primeras ediciones y presenta los cuentos en su orden original.

Una edición conjunta de ambos libros incluyó en 1897 el cuento «En el *ruj*» («In the Rukh»), perteneciente al ciclo de Mougli, y de hecho la primera aparición del personaje (si bien ya adulto), pues había sido publicado en 1893 en el volumen *Many Inventions* (Macmillan, Londres). Lo incluimos asimismo como apéndice de esta edición.

Todos los cuentos de los dos *Libros de la selva* habían aparecido previamente en revistas británicas y estadounidenses. Dejamos a continuación constancia de su primera publicación:

«Los hermanos de Mougli» («Mowgli's Brothers»): *St Nicholas*, enero de 1894.

«La cacería de Ka» («Ka's Hunting»): *To-day*, 31 de marzo-7 de abril de 1894.

«¡Tigre, tigre!» («Tiger-Tiger»): *St Nicholas*, febrero de 1894.

«La foca blanca» («The White Seal»): *National Review*, agosto de 1893.

«Riki-tiki-tavi» («Rikki-tikki-tavi»): *St Nicholas*, noviembre de 1893.

«Tuméi, el domador de elefantes» («Toomei of the Elephants»): *St Nicholas*, diciembre de 1893.

«Los servidores de la reina» («Servants of the Queen»): *Harper's Weekly*, 3 de marzo de 1894, con el título de «Her Majesty's Servants».

«De cómo llegó el Miedo» («How Fear Came»): *Pall Mall Budget*, 7-14 de junio de 1894, con el título de «How Fear Came to the Jungle».

«El milagro de Purun Bhagat» («The Miracle of Purun Bhagat»): *New York World*, 14 de octubre de 1894, con el título de «A Miracle of the Present Day».

«El asalto de la selva» («Letting in the Jungle»): *Pall Mall Gazette*, 12-13 de diciembre de 1894.

«Los encargados de las pompas fúnebres» («The Undertakers»): *New York World*, 8, 9, 10 y 12 de diciembre de 1894.

«El ankus del rey» («The King's Ankus»): *St Nicholas*, marzo de 1895.

«Quiquern»: *Pall Mall Gazette*, 24-25 de noviembre de 1895.

«Los perros rojos» («Red Dog»): *Pall Mall Gazette*, 29-30 de julio de 1895, con el título de «Good Hunting».

«La escapada primaveral» («The Spring Running»): *Pall Mall Gazette*, 26-27 de septiembre de 1895.

El libro de la selva

Prólogo

Las exigencias que una obra de esta naturaleza tiene para los especialistas son muy numerosas, y sería una profunda desconsideración de su editor, a la vista del generoso trato recibido, no dejar constancia de un reconocimiento lo más completo posible a todos aquellos con quienes está en deuda.

Vaya este agradecimiento, en primer lugar, al docto y hábil Bahadur Shah, elefante de carga n.º 174, según consta en el Registro de la India, quien, junto a su amable hermana Pudmini, tuvo la gentileza de proporcionarnos la historia de «Tuméi, el domador de elefantes», así como gran parte de la información que figura en «Los servidores de la reina». Las aventuras de Mougli se recopilaron en momentos y lugares diversos, a partir de los testimonios de distintas personas que, en su mayoría, desean permanecer en el más estricto anonimato. No obstante, al hallarse tan lejos, el editor se siente con libertad para dar las gracias a cierto caballero hindú de pura cepa, muy apreciado residente del monte Yako, por su convincente aunque algo corrosivo juicio de las características nacionales de su casta: los langures. Sahi, sabio de infinitos conocimientos y notable laboriosidad, miembro de la manada de Sioni, recientemente disuelta, y artista bien conocido en la mayoría de las ferias locales del sur de la India, donde baila en compañía de su amo atrayendo a la juventud, la belleza y la cultura de un sinfín de aldeas, ha ofrecido información sumamente valiosa sobre personas, maneras y costumbres. Dicha informa-

ción se ha empleado libremente en cuentos como «¡Tigre, tigre!», «La cacería de Ka» y «Los hermanos de Mougli». El esquema de «Riki-tiki-tavi» se lo debe el editor a uno de los principales herpetólogos del norte de la India, un intrépido investigador independiente que, tras tomar la decisión «no de vivir sino de saber», sacrificó su vida por su exceso de aplicación al estudio de nuestra *Thanatophidia orientalis*. Un feliz incidente en el curso de un viaje permitió al editor, siendo pasajero del *Empress of India*, ser de cierta ayuda a un compañero de travesía. La generosidad con que sus modestos servicios se vieron recompensados podrán juzgarla por sí mismos los lectores de «La foca blanca».

Los hermanos de Mougli

Cuando asoma la luna sobre el risco
y despliega el murciélago sus alas,
se refugia el rebaño en sus apriscos
y el milano real regresa a su guarida.
¡Garras, zarpas, orgullosos colmillos!
Ya resuena el aullido de las fieras.
¡Es hora de exhibir nuestro poder!
¡Escuchad la llamada! ¡Buena caza
a todos los que la Ley de la Selva acatan!

Canción de buenas noches en la selva

Eran las siete de una tarde muy calurosa en las montañas de Sioni cuando Padre Lobo, que había pasado el día entero durmiendo, se despertó, se rascó, bostezó y estiró las patas una por una para desentumecerse. Madre Loba estaba acostada, con el hocico grande y gris apoyado en sus lobatos, que eran cuatro animalillos revoltosos y gritones. La luna brillaba en la boca de la cueva donde vivía la familia.

—Arggg —dijo Padre Lobo—, es hora de ir de caza.

Y ya estaba a punto de salir corriendo monte abajo cuando una sombra pequeña, con una cola como un plumero, apareció en el umbral y en tono quejumbroso saludó así:

—Que la suerte vaya contigo, oh, jefe de los lobos. Y que la suerte y unos colmillos blancos y fuertes vayan también con tus nobles hijos, para que nunca se olviden de los hambrientos de este mundo.

Era el chacal, Tabaqui, el rebañaplatos. Y los lobos de la India desprecian a Tabaqui, porque va por ahí haciendo travesuras, contando chismes y comiendo trapos y trozos de cuero que encuentra en los vertederos de las aldeas. Pero también lo temen, porque tiene tendencia a enfadarse más que nadie en la selva, y cuando se enfada se olvida del miedo y muerde todo lo que encuentra a su paso. Hasta el tigre corre a esconderse cuando el pequeño Tabaqui se enfada, porque enfadarse es lo peor que le puede ocurrir a un animal salvaje. Es lo que nosotros llamamos hidrofobia y ellos *diwani*: locura.

—Entra y busca —dijo Padre Lobo con formalidad—, pero aquí no hay comida.

—No la hay para un lobo —respondió Tabaqui—, pero para un ser tan mísero como yo hasta un hueso pelado es un buen festín. ¿Quiénes somos nosotros, los chacales, para elegir y escoger? —Se escabulló al fondo del cubil, donde encontró el hueso de un ciervo con restos de carne y muy contento se sentó a cascarlo por un extremo—. Muchas gracias por esta excelente comida —dijo, relamiéndose—. ¡Qué preciosos son tus nobles hijos! ¡Y tan jóvenes, además! ¡Qué ojos tan grandes tienen! Claro, claro, había olvidado que los hijos de los reyes son hombres desde el principio.

Y es que Tabaqui sabía, como todo el mundo, que no hay cosa peor que alabar a los niños estando ellos presentes, y le alegró ver que Madre Loba y Padre Lobo parecían incómodos.

Tabaqui se quedó un rato callado, regodeándose en su fechoría, y después dijo con rencor:

—Shir Jan, el Grande, ha cambiado su territorio de caza. Vendrá a cazar a estas montañas durante la próxima luna.

Eso me ha dicho.

Shir Jan era el tigre que vivía cerca del río Waingunga, a unos treinta y cinco kilómetros aproximadamente.

—¡No tiene derecho! —dijo Padre Lobo, furioso—. Según la Ley de la Selva nadie puede cambiar de territorio sin avisar primero. Ahuyentará toda la caza en quince kilómetros a la redonda, y yo ahora tengo que matar para dos.

—Por algo su madre lo llamaba Langri [el Cojo] —dijo Madre Loba con voz queda—, porque nació cojo de una pata y solo caza ganado. Ahora que los aldeanos del Waingunga están enfadados con él, ha venido aquí a molestar a los nuestros. Lo buscarán por todos los rincones de la selva, y tendremos que huir con nuestros hijos cuando prendan fuego a la maleza. ¡La verdad es que le estamos muy agradecidos a Shir Jan!

—¿Quieres que le transmita tu gratitud? —preguntó Tabaqui.

—¡Fuera de aquí! —le espetó Padre Lobo—. Lárgate y ve a cazar con tu amo. Ya has hecho suficiente daño por una noche.

—Sí, ya me voy —dijo Tabaqui tranquilamente—. Ya se oye a Shir Jan en los matorrales. Podía haberme ahorrado la noticia.

Padre Lobo aguzó el oído, y abajo, en el valle, por donde pasaba un riachuelo, oyó el rugido áspero, iracundo, quejumbroso de un tigre que no ha cazado nada y a quien le trae sin cuidado que toda la selva se entere.

—¡Será idiota! —dijo Padre Lobo—. ¡Mira que empezar el trabajo con ese ruido! ¿Se habrá creído que nuestros ciervos son como esos bueyes gordos del Waingunga?

—Calla. No son bueyes ni ciervos lo que busca esta noche —dijo Madre Loba—. Busca hombres. —El lamento se había convertido en una especie de ronquido que parecía llegar de los cuatro puntos cardinales. Era el ruido que asusta a los leñadores y a los gitanos que duermen al raso y

que, en su huida, a veces terminan en las mismas fauces del tigre.

—¡Hombres! —exclamó Padre Lobo, enseñando sus dientes blancos—. ¡Bah! ¿No habrá suficientes escarabajos y ranas en las charcas para que tenga que comer hombres? ¡Y encima en nuestro territorio!

La Ley de la Selva, que nunca ordena nada sin motivo, prohíbe a todos los animales comer carne humana, con una sola excepción: cuando el hombre mata para enseñar a sus hijos a matar, en cuyo caso tiene que salir a cazar lejos del territorio de su manada o tribu. Aunque la verdadera razón por la que se prohíbe es que matar hombres significa, tarde o temprano, la llegada de hombres blancos a lomos de elefantes, armados con rifles, y cientos de hombres de piel oscura con gongs, cohetes y antorchas. Entonces todos los habitantes de la selva sufren. La razón que dan las fieras es que el hombre es el más débil y el más indefenso de los seres vivos, y es poco deportivo hacerle daño. Dicen también —y es verdad— que los que comen carne humana se vuelven sarnosos y pierden los dientes.

El ronquido cobró fuerza y terminó con un «Aarr» del tigre a pleno pulmón.

A continuación se oyó un aullido —un aullido impropio de un tigre— de Shir Jan.

—Ha fallado —dijo Madre Loba—. ¿Qué pasa?

Padre Lobo se alejó unos pasos de la entrada de la cueva y oyó a Shir Jan farfullando fieramente y dando vueltas entre la maleza.

—Al muy idiota se le ha ocurrido saltar la hoguera de un campamento de leñadores y se ha quemado las patas —dijo Padre Lobo, con un gruñido—. Tabaqui está con él.

—Alguien está subiendo por la ladera —dijo Madre Loba, torciendo una oreja—. Prepárate.

Se oyó un crujido entre los matorrales, y Padre Lobo se apoyó en los cuartos traseros, dispuesto para saltar. Si hubieras estado allí, habrías visto la cosa más increíble del

mundo: al lobo detenerse en pleno salto. Saltó sin saber contra qué se lanzaba, y luego intentó pararse. El caso es que salió disparado más de metro y medio del suelo y aterrizó casi en el mismo sitio.

—¡Un hombre! Un cachorro humano. ¡Mira!

Justo delante de él, sujetándose a una rama baja, había un niño desnudo, de piel oscura, que apenas sabía andar: una cosita tierna, con hoyuelos en las mejillas, como jamás se había visto de noche en la guarida de un lobo. Miró a Padre Lobo y se echó a reír.

—¿Eso es un cachorro humano? —preguntó Madre Loba—. Nunca he visto uno. Tráelo aquí.

Un lobo, acostumbrado a transportar a sus cachorros, puede, en caso necesario, meterse un huevo en la boca sin romperlo; y, aunque las mandíbulas de Padre Lobo se cerraron en la espalda del niño, ni uno de sus dientes llegó siquiera a arañarle la piel cuando lo dejó entre los lobatos.

—¡Qué pequeño! ¡Qué desnudo! Y ¡qué valiente! —exclamó Madre Loba con ternura. El niño intentaba hacerse un hueco entre los lobatos, buscando el calor de la piel de la madre—. ¡Mira! Está mamando, como los demás. Así que esto es un cachorro humano. ¿Se sabe de alguna loba que haya podido presumir de contar entre sus crías con un cachorro humano?

—De vez en cuando he oído hablar del caso, pero nunca en nuestra manada, y tampoco en mi época —contestó Padre Lobo—. No tiene nada de pelo, y podría matarlo de un zarpazo. Pero fíjate: nos mira y no tiene miedo.

La luz de la luna desapareció de la boca del cubil cuando la cabezota y los hombros de Shir Jan asomaron en la entrada. Tabaqui, que lo seguía, iba gritando:

—Mi señor, mi señor, ¡ha entrado aquí!

—Shir Jan nos hace un gran honor —dijo Padre Lobo, aunque sus ojos estaban cargados de ira—. ¿Qué se le ofrece a Shir Jan?

—Mi presa. Un cachorro humano ha entrado aquí —dijo el tigre—. Sus padres han huido. Lo quiero para mí.

Shir Jan había saltado la hoguera de un campamento de leñadores, tal como había dicho Padre Lobo, y estaba furioso, porque se había quemado las patas. Pero el lobo sabía que la entrada de la cueva era demasiado estrecha para un tigre. Lo cierto es que este ya tenía los hombros y las patas delanteras apretujadas por falta de espacio, como le ocurriría a un hombre que intentara meterse en un barril.

—Los lobos son un pueblo libre —dijo Padre Lobo—. Siguen las órdenes del jefe de la manada, no las de un cazador de ganado con la piel a rayas. El cachorro humano es nuestro, para matarlo si queremos.

—¡Si queremos o si no queremos! ¿Qué es eso de elegir? Por el toro que maté, ¿voy a quedarme husmeando en la guarida de un perro para llevarme lo que en justicia me corresponde? ¡Soy yo, Shir Jan, quien te habla!

El rugido del tigre retumbó en toda la cueva. Madre Loba se separó de los lobatos y dio un salto adelante: sus ojos, como dos lunas verdes en la oscuridad, desafiaron los ojos centelleantes de Shir Jan.

—Y soy yo, Raksa [el Demonio], quien responde —exclamó Madre Loba—. El cachorro humano es mío, Langri. ¡Mío y solo mío! Nadie va a matarlo. Vivirá para correr con la manada y cazar con la manada. Y algún día, recuerda bien lo que te digo, cazador de cachorros desnudos, comedor de ranas, asesino de peces, ¡será él quien te cazará a ti! Y ahora largo de aquí, o por el sambur que maté, porque yo no como ganado famélico como tú, te haré volver con tu madre, fiera de la selva chamuscada, más cojo que cuando llegaste al mundo. ¡Largo!

Padre Lobo estaba perplejo. Casi se había olvidado de los tiempos en que, para conquistar a Madre Loba, tuvo que derrotar a cinco lobos, cuando ella se unió a la manada. Y es que no la llamaban Demonio por cumplido. Shir Jan podía enfrentarse a Padre Lobo, pero no tenía nada

que hacer frente a Raksa, pues sabía que en aquella posición ella tenía todas las de ganar y lucharía hasta la muerte. Así se alejó gruñendo de la entrada del cubil y cuando se vio a salvo gritó:

—¡Cada perro ladra en su casa! Ya veremos qué dice la manada de acoger a cachorros humanos. El cachorro es mío, y al final acabará en mis fauces, ¡ladrones infames!

Raksa fue a acostarse, jadeante, entre los lobatos, y Padre Lobo le dijo con aire preocupado:

—En eso Shir Jan tiene razón. Hay que presentar al cachorro a la manada. ¿Sigues queriendo criarlo, Madre?

—¿Que si quiero? —contestó, con un grito ahogado—. Llegó desnudo, de noche, solo y hambriento. Y ¡no tenía miedo! Mira, ya ha echado a un lado a uno de mis hijos. Ese carnicero cojo ¡quería matarlo y huir al Waingunga! Y entonces, en venganza, los aldeanos habrían venido a sacarnos de nuestros cubiles. ¿Que si quiero criarlo? Por supuesto que lo criaré. Y tú, renacuajo, estate quieto. Te llamaré Mougli. Y llegará el día en que cazarás a Shir Jan.

—Pero ¿qué dirá la manada? —dijo Padre Lobo.

La Ley de la Selva dice muy claramente que un lobo, cuando se casa, puede retirarse de la manada a la que pertenece, pero, en cuanto sus lobatos tienen edad suficiente para sostenerse en pie, hay que llevarlos al Consejo de la Manada, que se celebra generalmente una vez al mes, con la luna llena, para que los demás lobos puedan reconocerlos. Después de esta inspección, los lobatos pueden corretear por donde quieran y, hasta que hayan matado su primer ciervo, no se acepta ninguna excusa si un lobo adulto de la manada mata a algún lobato. El castigo para el asesino, si es que lo encuentran, es la muerte. Y si te paras a pensarlo un momento verás que así tiene que ser.

Padre Lobo esperó hasta que sus lobatos fueron capaces de corretear un poco, y entonces, la noche de la asamblea los llevó, junto a Mougli y Madre Loba, a la Roca del Consejo, en la cima de un monte cubierto de piedras y pe-

ñascos en los que podían esconderse hasta cien lobos. Tendido en su roca estaba Akela, el gran Lobo Solitario y gris que, por su fuerza y su ingenio, era el jefe de la manada, y sentados a sus pies había más de cuarenta lobos de todos los tamaños y colores: desde los veteranos, con el pelaje del color de un tejón, que ya no podían enfrentarse con un ciervo ellos solos, hasta los jóvenes de pelo negro que, a sus tres años, se creían capaces de todo. El Lobo Solitario era el jefe desde hacía ahora un año. Dos veces, en su juventud, había caído en una trampa para lobos, y una vez lo habían apaleado y dado por muerto; o sea, que conocía las maneras y costumbres de los hombres. Se habló muy poco en la asamblea. Los lobatos retozaban en el centro del círculo que formaban sus madres y padres sentados, y, de vez en cuando, algún lobo mayor se acercaba despacio a un lobato, lo observaba atentamente y volvía, sigiloso, a su sitio. A veces, una madre empujaba a su lobato a la luz de la luna para asegurarse de que todos lo veían bien. Akela, desde su roca, dijo:

—Ya sabéis lo que dice la Ley. Ya sabéis lo que dice la Ley. ¡Lobos, mirad bien!

Y las madres, nerviosas, repetían la llamada:

—¡Mirad, mirad bien, lobos!

Por fin —y a Madre Loba se le erizó el vello del pescuezo cuando llegó el momento—, Padre Lobo empujó a «Mougli», el renacuajo, hasta el centro del círculo, donde el pequeño se quedó riendo y jugando con unos guijarros que brillaban a la luz de la luna.

Akela no levantó la cabeza de entre las patas, sino que prosiguió con voz monótona:

—¡Mirad bien!

Un rugido apagado llegó entonces de detrás de los peñascos. Era Shir Jan, que gritaba:

—El cachorro es mío. Dádmelo. ¿Para qué quiere el pueblo libre un cachorro humano?

Akela ni siquiera movió las orejas. Se limitó a repetir: